La Novela Corta

20 cts

La miniatura

Carmen de Burgos "Colombine"

Diputación de Almería – Biblioteca Pública

ESTA OBRA NO SE PRESTA

	PESETAS
ARCAYA (Pedro M.)—*Estudios de Sociología venezolana*.....	4,00
** ARDEL (Enrique).—*El mal de amar*.—(Ediciones literarias.).....	4,00
** *Corazón de escéptico*.—(Ediciones literarias).	5,00
** *Cuesta abajo*.—(Ediciones literarias).....	5,00
** *El rescoldo*.....	4,00
ARDERIUS (Francisco). — *Política Hispano-Americana*.—(Tela.).....	3,50
ARETINO (Pedro).—*Los caprichosos diálogos*.—(Vida de las cortesanas.).....	5,00
ARGAMASILLA.—*El yelmo roto*.—(Novela.).....	3,50
ARGENTA (Baldomero).—*La esclavitud proletaria*.	3,50
** ARGUEDAS (Alcides).—*Vida criolla*.—(La novela de la ciudad. Ediciones Literarias.).....	3,50
ARNICHES y GARCIA ALVAREZ.—*Gente menuda*.—(Sainete lírico en dos actos.).....	3,00
ARROYO (Cesare).—*Retablo*.—(Figuras, evocaciones, escenas... prólogo de G. Zaldumbide.).....	4,00
Arte de nadar (El).—Baños, natación, water-polo....	0,50
Artistas en camisa, por El Hidalgo Tímido.—Chelito, Raquel, Goya, Pastora, etc., etc.....	1,00
ARTZYBASHEF (Miguel).—*Sanin*.—Novela, dos tomos.).....	8,00
Celos.—(Drama en tres actos.).....	2,50
ARZADUN (Juan).—*Los albores de la independencia argentina*.....	2,00
ASTRANA MARIN (Luis).—*Las profanaciones literarias*.—El libro de los plagios. Rodríguez Marín, Cejador, Casares, Villaespesa, Martínez Sierra y otros.....	4,00
La vida en los conventos y seminarios.—Memorias de un colegial.—(Tela).....	3,50

Pedidos a

Calvo Asensio, 3, Madrid, Apartado 8.008

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 2

N.º 457
Año IX

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

Madrid 6
Sept. 1924

ADMINISTRACIÓN: MADRID.-CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELÉFONO J-624

DIPUTACIÓN PROVINCIAL ALMERÍA Biblioteca

R- 4683-A

LA MINIATURA

NOVELA INEDITA

Carmen de Burgos (Colombine)

(ILUSTRACIONES DE ESPLANDIU)

I

Tenía el alma llena de noche, que la penetraba con su encanto, se apoderaba de ella y parecía realizar una especie de imán hipostática.

Robaba Rosalía su noche. Con la ventana abierta, silenciosa, escondida en la sombra de la habitación, temiendo que la sorprendiesen despierta y levantada, cuando toda la casa reposaba hacía ya muchas horas.

Era una obligación el acostarse temprano y dormir para atender al trabajo del día siguiente. La abuela era madruguera y exigente.

Con la poca necesidad de dormir y el poco comer de los ancianos, la abuela daba la impresión de un espíritu tan vivo, que era como una lumbrecilla de alcohol, que se fuese alimentando de sus huesos y consumiéndolos.

Así como muchos viejos al encorvarse buscando el reposo de la tierra, adquieren algo de femenino, la señora Elvira, tiesecilla, vivaz, apergaminada y con la cabeza desguarnecida de cabellos, tenía aire de viejo arrugadito, con gesto de rapaz.

Su actividad era incansable. Se levantaba con el lucero de la mañana y presenciaba el almuerzo de los mozos que salían al campo antes que el sol, con los morrales llenos de higos y pan, y de vez en cuando un pedazo de tocino, para no volver hasta la noche en busca del guisado o de la olla.

Y la abuela no dejaba parar a nadie durante todo el día en la casa. Tenía un don de mando inagotable, unido a una veleidad de carácter que le hacía estar siempre peleada con alguien. Su enojo era terrible; perseguía, acosaba; era capaz de sostenerlo meses enteros sin dirigirle la palabra al que incurría en su desagrado. Su ira hacía brillar los ojos grises, hundidos, con una llama de odio, maligna; asesina; que daba frío ver.

Y todos la respetaban, hasta el marido. No había más voz que la suya. Verdad era que ella tenía un derecho que hacía pagar caro. La fortuna de la familia se le debía a ella. Aquella casa de labranza, la mejor del pueblo, así como los otros cortijos de que eran dueños, y las buenas "peluconas" que se le suponían guardadas, eran debidos a la herencia que le había dejado "El Padrino", un señor al que ella y su esposo habían cuidado en sus achaques, y que no tenía herederos forzosos.

El recuerdo de "El Padrino" había quedado grabado en la viejecita, que constantemente hablaba de él y repetía sus palabras y sus opiniones, las cuales adquirían un valor de axioma, y se imponían para seguir imperando.

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 3

La madre de Rosalía, hipnotizada por aquella voluntad aguda de la abuela, había pasado la vida de un modo mecánico, dedicada a la obediencia pasiva, para acatar sus órdenes, mientras su marido dirigía, bajo el mando de la suegra, todo el tejemaneje de la granja. Murió tuberculoso por el exceso de trabajo, y la madre no tardó en seguirlo.

Rosalía quedó sola, sin tener a su lado más ternura que la que le prodigaba el abuelo. Era el abuelo allí el marido de la señora, al que todos consideraban sin hacerle nadie caso.

Los dos viejecitos se llevaban bien, aunque sin afectuosidad; ella siempre un poco imperativa y él respetuoso con exceso.

El señor Santiago era de otra región de España, distante de Andalucía, y aún conservaba el acento imborrable de los vascongados. No hablaba nunca de su país ni de su familia y Rosalía, con su instinto romántico, creía vislumbrar en él una historia dolorosa y oculta, que le pasaba, como un fardo, en el espíritu.

No trabajaba el abuelo: leía.

La joven no se daba cuenta del porqué de aquella liberación de los trabajos forzados a que condenaba la abuela. Pero el abuelo no hacía nada: leía.

¡Era tan raro leer! La había enseñado a leer a ella casi a hurtadillas, con la protesta de la esposa, la cual afirmaba que el leer entontecía y las muchachas honradas no debían saber leer ni escribir.

Y tal vez tenían razón en que ella no debía haber aprendido a leer. Tal vez el conocer otra vida, casi fabulosa, para ella, en las páginas de los escasos libros que poseía el abuelo, la había disgustado de la vida monótona de la granja.

Soñaba sin querer soñar. Había en ella un anhelo, una ansiedad extraña que no podía definir.

Sólo se sentía bien al lado del abuelo; él era el único que la comprendía. Cuando niña, acudía a su lado para acurrucarse en sus brazos, como huyendo de la tristeza que la invadía a la hora del crepúsculo. Hablaba con él de los personajes de sus libros, discutiendo si habían hecho bien o mal. Con ser pocos, no podían ser libros menos apropósito para una joven: una historia de Felipe II, la historia novelesca de la Roma de Nerón, Lucrecia Borgia, y la novela romántica de "Helena", en la que se mezclaban los episodios de la guerra de turcos y griegos. Convivía con aquellas mujeres opulentas, complicadas, perversas y martirizadas: Agripina, Lucrecia la de las grandes trenzas, Isabel de Inglaterra, María Estuardo y la Princesa de Eboli.

Se diría que estaba más cerca de ellas que de las gentes que la rodeaban. Rosalía daba la sensación de ser de otra raza distinta. Era como una flor extraña abierta en medio de los abrojos.

Debía ser un caso de esos "saltos atrás" que se verifican a veces en las familias y parecerse a algún abuelo lejano. No se parecía en nada con los abuelos ni con los padres.

Alta, delgada, esbelta, muy delicada y muy blanca, tenía un tipo elegante, de señorita, que la diferenciaba de todas las muchachas del contorno.

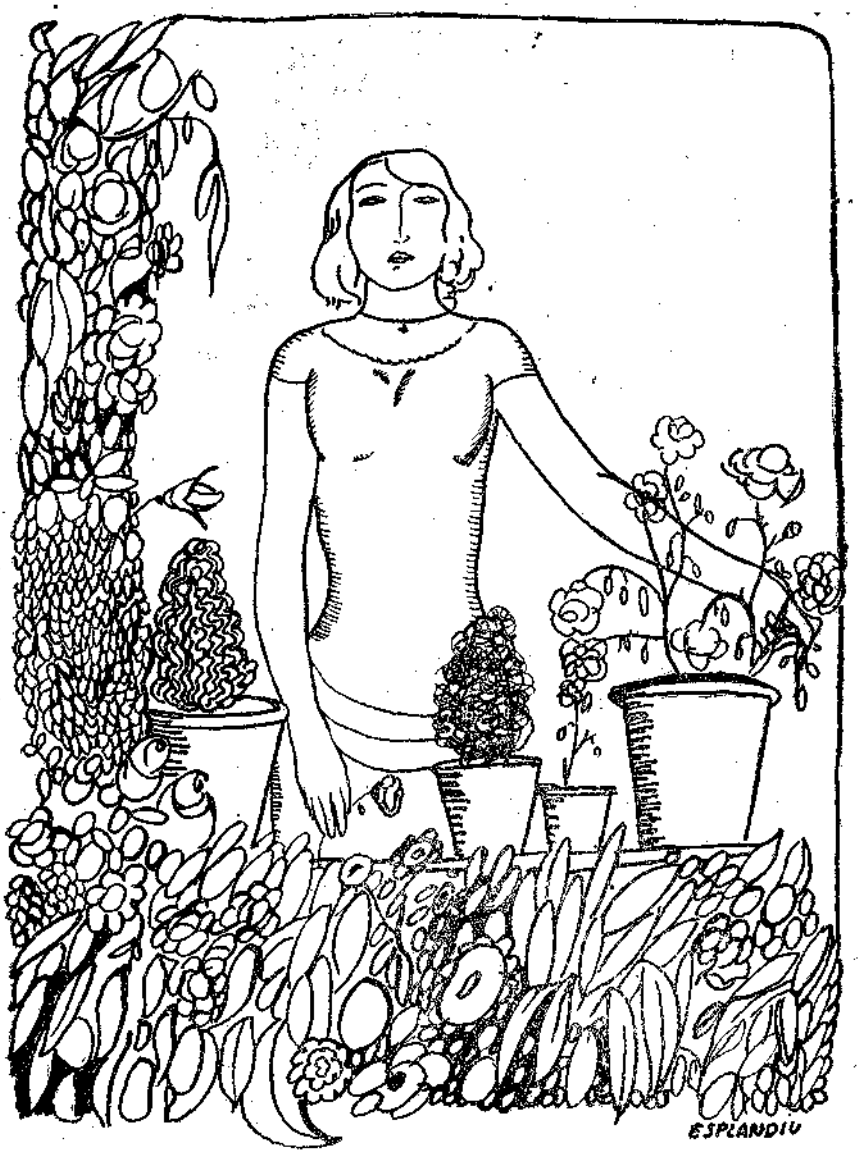
No servía para nada, según declaraba la abuela. No le gustaba trabajar. Lo cierto era que cuando se le imponía cualquier labor penosa, enfermaba seriamente.

Apesar de su severidad, la señora Elvira amaba a su nieta entrañablemente, y a veces hasta parecía complacerse en verla tan bella y tan señoril. Por eso le consentía que no se ocupase de más faena doméstica que la costura, y la dejaba pasear y leer con el abuelo.

Cada vez parecía más distinguida y señoril. Amaba el orden, la limpieza, el bienestar. Le gustaba componerse, adornar su cuarto, cuidar su ropa con un esmero exagerado. Hasta en el comer era remilgada.

Pero lo más raro era aquella afición a la noche. Hubiera dormido hasta medio día si la dejaran, para pasar la noche levantada; pero la abuela era infle-

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 4



xible en eso. Todo el mundo había de acostarse a su voz de mando, con disciplina de cuartel, y apagar las luces.

Tenía que escapar a la vigilancia para ir a la ventana con aquellas citas con la noche, a hurtadillas, como si acudiese a la cita de un novio.

Aquella escala de luz por donde subía Jacob de la tierra al cielo, se extendía para ella en el rielar de la luna sobre las aguas del mar, que a veces parecían hervir en su espejeo. ◆

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 5

Caminaba su ensueño por aquella ancha carretera de luz a otros mundos lejanos, donde estaban aquellas mujeres soberanas, que conducían a la pasión y al crimen.

A lo lejos parpadeaba un faro, y las luces del pueblecillo cercano, fingían entrecruzamientos de fuego, reflejándose en las tranquilas aguas de la playa.

En el cielo claro como el mar, la luz de la luna no dejaba brillar más que algunos luceros y escasas estrellas. Júpiter y Marte ofrecían el contraste de su luz, blanca de sal la una y de su lumbre roja de incendio el otro. Sirio lucía su lumbre azul, en la constante peregrinación detrás de las tres Marías, como un eterno enamorado.

Parecía que las tres estrellas se habían perdido, se habían ido, se le habían escapado, dejando al pobre amante abandonado en medio de aquella inmensidad...

Rosalía sintió también deseos de escaparse, de perderse, de bogar en el cielo como una estrella, penetrada de aquella calma sutil, infiltrante, desmaterializadora, en la que parecía que ella también se deshacía y se evaporaba, toda espíritu, como un perfume que se escapa para sumarse a la noche y ser a la vez luz y sombra; todo y nada: noche, luna, penetración, calma y suavidad.

Una mayor ternura invadió su alma y recordó: ella, al perderse como las estrellas, dejaría también detrás de sí un dolor. Iba a destrozar el corazón de un hombre enamorado, bueno, leal, cuya pasión había alentado imprudentemente y que no tenía culpa de aquellos sentimientos, contra los que ella misma se indignaba.

¡Lloró contemplando la estrella solitaria!

II

—Abuelito—preguntó de pronto Rosalía, levantando la cabeza e interrumpiendo la costura de la pieza que colocaba—. Dime; ¿por qué es menester que todos los novois se casen?

El viejo, sorprendido en medio de la lectura, vaciló un momento y contestó:

—Porque los que se aman necesitan unirse y fundar un hogar y una familia.

—Pero para eso será menester quererse mucho.

—Naturalmente.

—¿Querías tú mucho a la abuela cuando te casaste?

El semblante actinodermo del anciano transparentó el mosaico de colores de sus venas.

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque a mí me gustaría ser toda la vida novia de Pepe y no casarme nunca.

—¿Es que tú no lo amas?

—Sí... yo lo quiero... porque es bueno y me da lástima de causarle una pena tan grande como la que tendría si yo lo dejara. Por eso quisiera ser su novia siempre... Casarme, no... Sé que no seré feliz con él... ni él conmigo.

—¿Por qué eso?

—Porque comprenderá que no le quiero de la manera que él me quiere a mí... Es bueno... pero... es como todos... como los otros... ¡Tan rudo!

—¿Cómo querrías que fuese?

—No sé... Pero... más fino... un poco así... como son esos hombres que leemos que quieren de aquella manera y saben decir cosas tan bonitas.

—Esas son novelas, hija mía. El mundo es de otra manera.

—Mejor querría no casarme.

—Harías mal, porque José es bueno y así aseguras tu porvenir.

Rosalía se quedó silenciosa. ¡La necesidad de asegurar el porvenir! Todos le hablaban de eso, de que la mujer no tenía más carrera que el matrimonio para asegurar la parte económica de la vida.

Ella pertenecía a lo que se pudiera llamar una clase intermedia: ni señorita ni

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 6

artesana. En su calidad de labradora rica, estaba por cima de las aldeanas que la servían, pero no llegaba a poder vestirse y alternar con las señoras.

Cuando los veranos venían señoras de la ciudad a los cortijos próximos, la trataban y hasta solían llevarla con ellas, pero siempre con una especie de condescendencia, que la humillaba.

Los señoritos, que iban deseosos de un idilio aldeano como de la fruta fresca, le dedicaban sus galanterías, pero con cierto fondo fatuo de superioridad, que ella percibía, y le hacía replegarse en sí misma como la sensitiva a un contacto desagradable poniendo un gesto uraño, altanero, que repelía a los trovadores.

Y los mozos del pueblo, jornaleros o labradores, tenían miedo de llegar a ella, que con su aire de señorita, establecía una distancia imposible de salvar.

Y sin embargo, Rosalía deseaba el amor, con tanta más vehemencia cuando su imaginación, despierta, le fingía la visión de goces superiores a los reales, misteriosos e ignorados.

Todos los amores que le ofrecían eran pálidos para la ansiedad engendrada en su espíritu por aquella naturaleza que la rodeaba, la penetraba, y se hacía sensible para ella como no lo era para todos los demás que la contemplaban con indiferencia.

Rosalía se emborrachaba de luna, se emborrachaba de sol, de azul y de luz. Su ensueño volaba como una mariposa blanca sobre la alfombra que le ofrecían las verdes copas de los árboles unidas unas a otras en una maravillosa continuidad. No tocaba a la tierra y no tenía fuerza para remontarse al cielo.

Tenía que ocultar dentro de su espíritu aquellas emociones que le causaba la vista de una flor, una luciérnaga, un astro, para que no le llamasen de un modo despectivo "romántica", que era para los suyos sinónimo de "ridícula".

Y aquel modo de sentir la colocaba fuera de la familia y del círculo en que vivía como la había colocado ya su tipo mismo.

Vivía al margen de todos, sintiendo su indiferencia, y la tolerancia sin afecto de la abuela.

Tenía miedo a la soltería. Era allí algo humillante ser soltera, algo que inferiorizaba, algo que obligaba a la renunciación de las preminencias de que gozaba la muchacha joven, para la que eran todas las atenciones y todas las fiestas.

A los veinticuatro o veinticinco años se entraba ya en el gremio de las solteronas, quedaba relegada, fuera de su centro en diversiones y cortejos; en ridículo si se ataviaba y en entredicho si no se daba cuenta de su situación.

Después de la juventud yerma venía el fantasma de la vejez solitaria, sin hijos, sin los afectos creados por ella.

Tenía cerca el ejemplo en la tía Juanita, la hermana menor de la abuela, que se había quedado sin casar y era una especie de ama de gobierno en la casa, una criada, que sólo se distinguía de las otras en tener más responsabilidad y menos libertades. Juanita tenía el cuidado de todo, no ganaba salario, se vestía con las ropas de deshecho y no figuraba en las visitas, no la acompañaba en los paseos, no comía en la mesa de la familia.

Era una buena mujer que no parecía amargada, sin duda porque ya se había acostumbrado a aquella situación.

De buena estatura, gruesa y lozana, ofrecía la antitesis de la hermana, con un rotro rubicundo, grasoso y una abundante cabellera negra, corta y rizosa.

Rosalía tenía miedo de verse sola en lo porvenir aunque la situación económica asegurada había de librarla de aquella humillación. Sabía que era rica.

En un continuo recuento del pasado, la abuela refería cómo su marido y ella entraron de gobernantes en casa de su padrino, que al quedar viudo se apasionó de Matildita, hija única del matrimonio, que fué más tarde la madre de Rosalía.

El señor Sanfort, hombre rico, instruído, que había viajado por todo el mundo y habitado en Madrid, frecuentando la mejor sociedad, se quedó a vivir en la quinta, sin volver a salir de ella.

Decía que estaba asqueado del mundo y deseaba encontrar el reposo. Lo

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 7

cierto era que se había quedado preso, como mosca en tela de araña, en la belleza del paisaje y la calma campestre, que sólo turbaba de vez en cuando la visita de algún personaje amigo suyo.

Lo cuidaban bien la señora Elvira y su esposo; se entretenía con las gracias de la niña a la que trataba con ternura. Si él hubiera vivido, la hubiera educado de otra manera. Hablaba de enviarla al colegio, de enseñarle el piano, el francés y la equitación, las tres disciplinas que constituían el supremo lujo de aquellos tiempos.

Pero murió siendo Matildita niña. La abuela contaba que la llevaba por la mañana, muy perfumadita y lavada a la cama del señor, que la besaba y jugaba con ella al mismo tiempo que tomaba el chocolate y leía el periódico y más tarde el solía ir a verla al comedor, dando gran importancia a que le enseñasen a manejar el tenedor.

Bien le dió prueba de su cariño legándole toda su fortuna, de la que la abuela era usufructuaria, sin poder vender ni hipotecar, hasta que a su muerte pasara a manos de la hija o sus herederos.

Pero como fuera de eso no tenía cortapisa en el disfrute de la herencia ni en el empleo de las rentas, la señora Elvira era la dueña absoluta y dominaba tiránicamente a la familia, haciéndole conocer la preponderancia que daba tener los cordones de la bolsa.

Sin duda el olor a dinero de Rosalía le atrajo tantos pretendientes como su belleza, pero todos eran aldeanos, mozos de pueblo; labradores ricos; buenas proporciones que hubieran satisfecho a otra cualquiera en su lugar. Ella no amaba a ninguno; había elegido a José, como hubiera podido escoger a otro. El joven era guapo, arrogante, gran trabajador, y uno de los más ricos propietarios de la comarca. Se lo habían disputado todas las mozas de diez leguas a la redonda, y toda la familia estaba entusiasmada pensando en el magnífico casamiento que iba a hacer.

Quizás aquella conformidad de opiniones, aquel empujar de todos a la boda, era una de las cosas que contribuín a su desencanto.

No podía negarse que al principio le agradó la idea de su noviazgo, con el que vencía a todas las otras muchachas.

Le gustaron las preeminencias de que gozaban las novias. La espera del día de fiesta, para verlo llegar en la mula bien enjaezada; los regalos expléndidos de los días de ritual; las noches de serenatas, en que venían los músicos a tocar guitarras y bandurrias bajo sus balcones. La alegría de las mañanas de Pascua al encontrar engalanada su reja con los ramos de naranjas y limas, entre las que brillaba una cruz de oro y diamantes.

Estaba bien su cortejo para presentarse en los bailes y las diversiones donde estaba obligada a ir, aunque no le gustaban.

En alguna ocasión, cuando el novio venía en tiempo de recolección, lo había visto en mangas de camisa, con el desaliño del trabajador, cabeza al viento, trillando o aventando la parva y lo había encontrado guapo. Se había estremecido a veces bajo el fuego amoroso de los ojos negros.

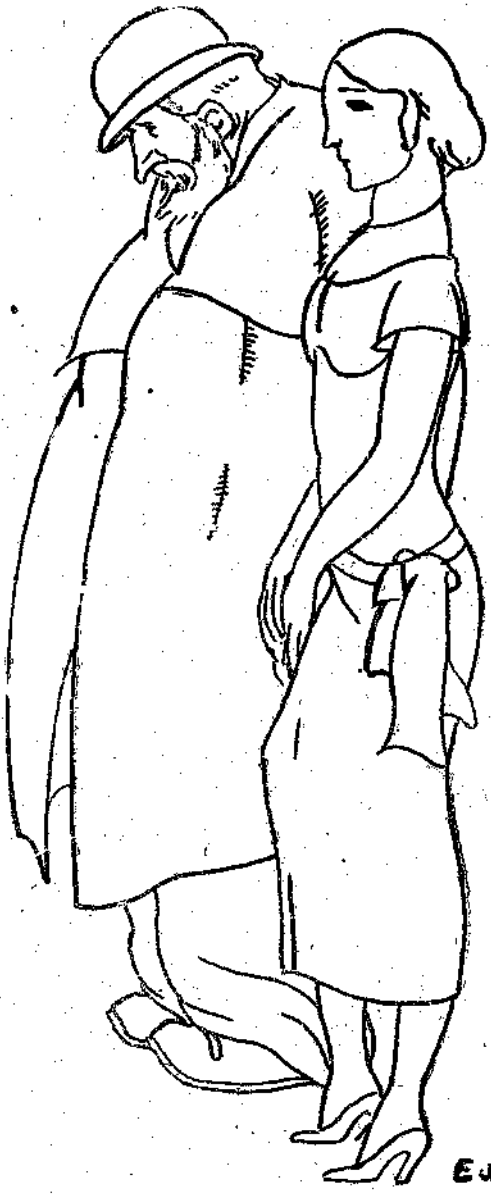
Pero cuando venía a su lado, para decirle su amor y hablarle de sus esperanzas, de sus proyectos, en su condición de novio, de futuro marido, no lo podía resistir No tenía ni un punto común con ella, no exponía un proyecto que le agradase. La miraba con algo de protección cariñosa, como si le tolerase su modo de ser gracias a su juventud, con la certeza de convertirla después en una buena dueña de casa.

Sobre todo, le repugnaba cuando lo veía llegar compuesto, envarado con la chaqueta de paño; como aplastado por el peso del sombrero y metido en sus enormes botas.

Le molestaba cuanto le decía. Hasta el eco de su voz.

Sin embargo, en el fondo le guardaba un afecto engendrado por su ternura y su dedicación. Estaba segura de que la amaba mucho y no mentía cuando le aseguraba:

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 8



—Si no me quisieras, me saltaba los sesos de un cabezazo contra la pared.

Sentía lástima y miedo en vez de amor.

Jamás le había dicho ella que lo amaba, pero José parecía no notarlo, confundiendo quizás su frialdad con su recato. El, siempre preocupado con sus asuntos,

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 9

le hablaba en lugar de amor, de la cosecha, de la sementera, del precio de la cebada o las patatas, y de las nuevas crías de la burra o la marrana.

Todo aquello iba a ser de ella y hablarle de aquello equivalía a hablarle de amor.

Sobre todo, el agua le preocupaba más que la novia. Durante la época de la sementera y el crecimiento de las plantas, se pasaba el tiempo implorando la lluvia y luego asustado de ella en cuanto cogía la miés madura y era el tiempo de cuajar la uva.

No miraba al cielo más que para ver las nubes o predecir el tiempo con las cabañuelas o la posición de los astros

Una noche que ella le habló de las estrellas, se echó a reir:

—¿Quién ha visto nada de eso? Son cosas que no me preocupan, y es mejor no pensar en ellas.

Además, le preocupaba la economía y le decía el precio de sus regalos para que tuviese los excesivos gastos como una prueba más de su amor.

Ni le gustaban las flores, ni era sensible al adorno de su novia. Le fastidiaban los perfumes, los polvos y las delicadezas. Solo el amor le hacía transigir, en la esperanza de acabar con ellas después de la boda.

—Ya se le quitará todo eso cuando se case y tenga que cuidar la casa y criar los chiquillos—solía decirle a la abuela, que aplaudía la idea, sin fijarse en que el rubor empurpuraba las mejillas de la muchacha.

Rosalía no se entendía más que con el abuelo. Sólo con él podía hablar de todas aquellas cosas que los otros no entendían. Estaban leyendo ahora "Rocambole" durante las veladas, y la mayor parte de los días, ocultaba las entregas entre la ropa que tenía para componer en el cesto de la costura; más preocupada con las hazañas del marqués de Chamery y el conde de Artof que con todas las cosas que la rodeaban.

Luego, durante la noche, entraba a escondidas la tía Juana en su cuarto para que le contase aquellas historias, muy intrigada también en si al fin, la duquesa de Sallandrera se enteraba o no se enteraba de la verdadera personalidad de su novio.

III

La casa se apartaba de la construcción ordinaria de las granjas. No tenía ajo. Eran sus paredes de piedra y mezcla enlucidas con cal, y los techos de cañizo y alcatifa; pero era otra la distribución de las habitaciones.

Además de la enorme cocina de arco con su gran fogón de campana, detrás de cuyo portalón inmenso se guardaban las labores de esparto, las espuertas y hasta los aparejos de las bestias, había otra cocina, con el refinamiento de hornillos de carbón, donde se guisaba aparte para los amos.

Venían luego las dependencias: dormitorios, cámara convertida en despensa, graneros y almacenes, que se extendían hacia el lado de las cuadras y los corrales.

Al otro extremo, las habitaciones que ocupaba la familia; eran las mismas que había ocupado "el Padrino". Primero una gran sala, que aun conservaba los mismos muebles, y a la que sólo se había renovado la estera de pleita blanca. En la pared enjabelgada había dos o tres estampas bíblicas, en grabado de colores: Judith, con un gesto magnífico, cortando la greñuda cabeza de Holofernes, dormido entre pieles y sedas; Cleizar bebiendo en el cántaro que alza Rebeca en actitud de canéfora; Jacob enriquecido regresando a la patria con sus dos mujeres, sus crías, sus camellos y sus rebaños.

Los ángulos los ocupaban unas rinconeras que en vez de objetos de adorno sostenían un revoltijo de cachivaches de toda especie, desde los bolantines de cerda y los anzuelos del abuelo, aficionado a la pesca, los cartuchos y la maquinilla de hacer cigarros, hasta los rosarios de la madre y los cepillos de la abuela.

Sobre la mesa adosada a la pared, había un espejo con marco de madera de caoba y colocados encima de ella, un quinqué de petróleo, dos floreros con flores

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 10

de trapo y un Crucifijo de metal. Dos butacones, un sofá y algunas sillas de anea, alrededor de la pared, completaban el mobiliario.

Allí no entraba más que la familia. La abuela ostentaba cierto aire de señorío no dando a nadie puesto en su mesa ni entrada en sus habitaciones.

Paralela a la sala estaba la alcoba del matrimonio, tan ancha y tan espaciosa, que ocupaba una superficie igual a ella.

En los extremos que formaban los ángulos diagonales, se veían las dos camas del matrimonio. Cada uno de los dos viejos dormía a un extremo de la enorme habitación, separados por un biombo, que la convertía en dos estancias distintas.

Rosario tenía su alcoba a la parte de dentro, contigua a la ocupada por ellos y eso la obligaba a tener que apagar la luz y envolverse en el silencio para hacer creer que dormía. La abuela solía esperar despierta el golpecito de los zapatos al caer al suelo y el leve crujir de las maderas de la cama con el peso de su cuerpo joven.

Le gustaba estar sola en su habitación. La adornaba y la arreglaba lo mejor que podía. Sus muebles estaban limpios, su ropa guardada, la cama con colcha y delantera nuevas. Siempre había flores en su mesita y las paredes estaban llenas de objetos que colgaba y limpiaba con sin igual paciencia. Había estampas, cuadritos, crómos, abanicos antiguos encontrados entre los desechos de la abuela, y ocupando el sitio de honor, bajo el cuadro de la Purísima de Murillo, colocado a la cabecera de la cama, cerca de la pilita del agua bendita que sostenía un angelote con las alas tendidas, lucía una pequeña miniatura.

La había encontrado un día en el desván, en un arcón lleno de papeles y cosas viejas, y se la había llevado para que hiciera par con un cuadrito de la Divina Pastora, pintada sobre cristal, entre dos macetas.

En cuanto quitó el polvo a la miniatura, se quedó prendada de ella. Era el objeto más bonito que tenía en su habitación. Un lindo marquito antiguo, cuadrado, de madera de ébano, acogía con su concavidad el cerco dorado que sujetaba el cristal de la miniatura. El pequeño ovoide encerraba círculos concéntricos, negro y oro, que tenía enmedio la miniatura, tan chiquita, que no pasaría de un centímetro y medio de diámetro.

Era una cabecita de mujer que resaltaba con viveza del fondo oscuro y brillante del cuadro. Estaba pintada sobre azul y apesar de los suaves colores de la miniatura tenía algo de altanero y duro en el conjunto. Pero había en ella un sello de raza, de gran señora, que alejaba la idea de que podía ser retrato de alguien de la familia.

A Rosalía le gustaba mirarla, y todas las noches, cuando se arrodillaba cerca de su lecho para orar a la Virgen, sus ojos iban desde la imagen al retrato de la dama.

—Parece que me pide una oración—pensó una noche en que la luz hacía resaltar más la brillantez del oro y los colores.

Y comenzó un Padrenuestro por el alma de... ¿de?... ¿de quién? Ignoraba quién pudiera ser. Quizás no sería nadie como afirmaba su abuelo de los personajes de las novelas. ¡Pero era tan bonita aquella mujer! Sentía deseos de ser tan bonita como ella. Pensaba con cierta amargura en que la belleza no había de servirle de nada, dentro de los estrechos senderos en que caminaba su vida. Pero deseaba ser hermosa. Y en su sencilla devoción, desde entonces, su rezo tuvo un objeto. Pedía a la Virgen que la hiciese hermosa, y no añadía a su súplica la coletilla de "Si conviene", que le habían enseñado a emplear. Con los ojos fijos en su miniatura, ella imploraba:

—Madre mía, hacedme hermosa, convenga o no convenga.

IV

Un día entró la abuela en su cuarto:

—¿De dónde has sacado eso?—preguntó con enfado, señalando el cuadrito.

—Estaba en el desván—respondió Rosalía—y...

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 11

—Y te vas a traer a este cuarto todas las basuras que encuentres, por lo visto...

—Es muy bonita...

La abuela miraba el cuadrirto con hostilidad, sin que la blandura del color y la severidad de los rasgos del retrato suavizasen su expresión. Le brillaba en el fondo de los ojos aquella llama, como de alcohol, sutil, verde y maligna de sus grandes cóleras.

—¿Sabe usted quién es?—se atrevió a preguntar la joven.

—¿Quién ha de ser? Nadie... un retrato cualquiera... Alguna cómica o alguna bailarina que no sé cómo ha venido a parar aquí. Tú no debes tener eso.

Cuando Rosalía se quedó sola, corrió hacia su miniatura como si quisiese libertarla del maleficio de la mirada de odio de la abuela.

—No... no es verdad que no sabe quién es—pensó.

Descolgó el cuadrito, lo miró, le dió vueltas. Estaba forrado de cartón y no había en él, ni una letra, ni una fecha.

Se sentía cada vez más intrigada. No tenía ya duda de que era un retrato de alguna mujer muy conocida de la señora Elvira y odiada por ella.

Con el cuadrito en el bolsillo, fué a reunirse con el abuelo.

—¿Sabes de quién es este retrato, abuelito?

El buen anciano vaciló un momento, lo vió inmutarse, y al fin, dijo con voz velada:

—No... ¿Dónde lo has encontrado?

—Hace ya tiempo que lo tengo. Estaba en el arcón.

—¿Y por qué has andado tú allí?

—Ha sido casual...

—Pues vuelve a dejarlo donde estaba.

—No quiero... es muy bonita esta mujer. Me gusta tenerla.

El viejo parecía conmovido. Al fin, dijo:

—Entonces... guárdala, que no la vea tu abuela.

—¿Sabes quién es?

—No... es un retrato...

—¿Y porqué se ha de enfadar la abuela porque yo la tenga?

—Ya sabes que no consiente que nadie toque a las cosas que ella guarda.

Rosalía sintió miedo por su miniatura y la guardó con llave en el fondo del cofre. Los primeros días abría para sacarla y mirarla, después se le fué olvidando.

La vida seguía su curso y la vida domaba sus rebeldías. Se resignaba a todo aquel género de vida, a la exigencia del medio que la obligaba a alternar con la familia y con las amigas en las ocupaciones y el trato cuotidiano. Tal vez todo aquello la distraía, la sacaba, aunque fuese a la fuerza, de aquel mundo interior, distinto del otro, que ella se había formado. Acabaría por acostumbrarse a todo, por casarse.

José estaba allí, en la cocina de la granja, llena del olor a pan caliente que exhalaban las tablas acabadas de salir de horno.

La joven había cogido el gran trapo de lana, que cubría la tabla, envolviendo la torta entre sus dobleces. Debía cumplir el deber tradicional de ofrecer de su amasijo a todos los presentes.

La costumbre exigía que todos probasen aquel pan, pero tomando su parte de un pellizco, sin emplear cuchillo ni navaja. Retorcían su porción de pasta, quemándose los dedos para arrancarla.

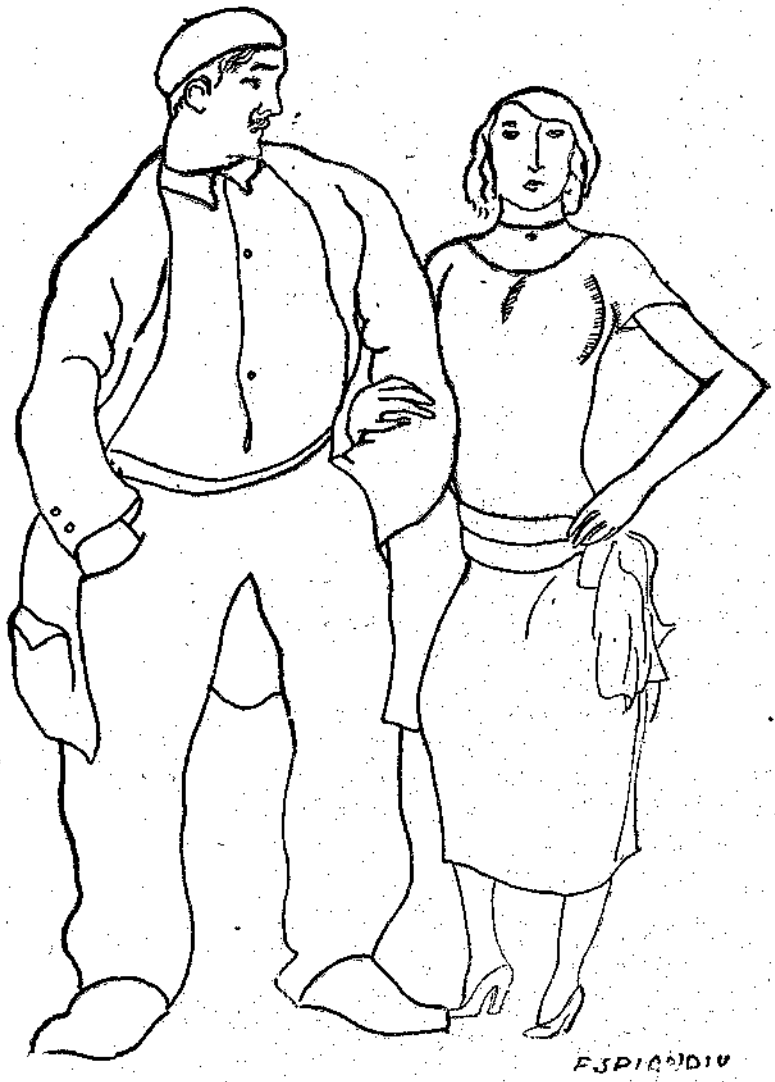
El calor del pan encendía el rostro de la muchacha, que sentía cierta satisfacción de repartir en aquella reminiscencia de un rito persa. Tomaba, al cumplirlo, un aire de suficiencia y señorío.

Al fijar, por acaso, su vista en un espejo suspendido cerca del jarrero, se detuvo confusa; su semblante encendido, la evocaba su miniatura.

Silenciosa y preocupada, sin saber porqué, fué a ocupar su lugar al lado del novio.

—¿En qué piensas?—preguntó José.

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 12



—En un retrato que tengo guardado—respondió, como si hab'ase con su propio pensamiento.

—¿Quién es?

—No lo sé.... Es una mujer muy hermosa.

— Enséñamelo

—No quiero que lo vea nadie.

—¿Por qué?

—Es un capricho.

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 13

—Que no debes tener para mí.
—Sí... pero si lo traigo, lo verán...
—Tráetelo envuelto en algo...
La joven llevó la miniatura dentro de su cajita. En cuanto él la vió no pudo detener una exclamación:
—Esta mujer se parece a tí.
—¡A mí!
—Sí; tiene la nariz como tú... un canutito de plata... y tus mismos ojos... ¿Quién es?
—Nadie... Una figura cualquiera.
—Es asombroso. Dámela que me la lleve.
—No...
—¿Por qué?
—No soy yo.
—¡Se te parece tanto!
—Pero no soy yo...
—Dámela...
—No quiero.
Hizo ademán de guardársela, pero ella se arrojó sobre la caja, se la arrebató de las manos y corrió a ponerla en salvo.
En cuanto estuvo sola se miró al espejo y miró la miniatura. Sí, era verdad, se le parecía a ella.
La frente era distinta, más cuadrada. Debía tener una cabellera castaña, tan abundante como la suya, pero la raya en medio, el cabello alisado en la parte de encima y dispuesto en tres bucles redondos a un lado y dos a otro, caían formando puntas sobre la frente, le daban una expresión distinta, le cambiaban la fisonomía. Entre los dos bucles del lado izquierdo se veía una rosa roja con hojas verdes. Y rojo era también el pendiente que lucía en el lóbulo de la oreja, que se escapaba bajo el peinado.
Tapó la frente y la boca de la miniatura; las cejas abiertas, finas y suaves, eran suyas; suyos los ojos rasgados en forma de almendra, y expresivo color tabaco; suya la nariz finísima que José calificaba de "canutito de plata".
Retiró la mano. Ya en conjunto, el rostro de la miniatura no era el suyo; tenía aquella expresión de dureza y dominio que le daba un aspecto de gran señora, acostumbrada a mandar. El óvalo del rostro era más corto que el suyo; tenía un mayor espacio en la anchura del labio superior, en las comisuras hacia arriba. Volvió a taparla con la mano. Esta vez, la parte superior del semblante, y estuvo a punto de dar un grito:
—¡Ahora sí que soy yo!
Era su labio superior rojo y gordezuelo, su boca noble, su barbilla redonda y bien dibujada, su garganta fuerte y firme en la que apenas se acusaba una doble barba sin perjudicar el óvalo. Hasta la carne luminosa, dorada, ardiente de morena-blanca con la suave tonalidad de la miniatura, era suya. No le habían dado a la miniatura un torpe color en las mejillas, tenía toda, como Rosalía, un tono de palidez ardiente. De pasión.
¡Y los abuelos aseguraban que aquel retrato no era de nadie de la familia!
Con su fe supersticiosa, pensó en la oración imprudente tantas veces repetida. ¿Si sería por eso por lo que ella había adquirido un parecido con aquella mujer? Tuvo miedo de que su suerte estuviese unida a la suerte de la desconocida, de asociar a ella su sino.
Por un momento pensó en llevar la miniatura de nuevo al desván; pero le parecía que era como rechazar y arrojar del sitio que le pertenecía a un ser vivo, que había amistado con ella, que no sabía porqué, le daba la sensación de que debía estar en el salón principal. Como la verdadera dueña de la casa.

V

La brusquedad con que lo había tratado, le costó un disgusto con su novio.

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 14

Era la primera vez que él se enfadaba y dejaba pasar los días sin volver a verla.

Rosalía comenzaba a interesarse por aquel alejamiento que suponía una noble dignidad herida. Su romanticismo se sentía satisfecho pensando que bajo el aspecto rústico y vulgar de José se ocultaba un espíritu delicado.

Se le presentaba ahora la ocasión de romper aquellas relaciones que le pesaban y dudaba en decidirse.

Aquella mañana se levantó más temprano que de costumbre. Quería encontrar al abuelo solo en su cuarto y confesarse con él. La mejor ocasión para hablarle con toda calma era antes de que se levantara.

Las costumbres del matrimonio eran distintas. La abuela se acostaba siempre más temprano, y con seguridad que cuando él entraba en la alcoba ya estaba dormida. En cambio, con su costumbre de madrugar se levantaba cinco horas antes.

Todas las noches escuchaba Rosalía desde su cuarto las toses y los quejidos de la abuela y el roncar del abuelo. Lo que no oía jamás era una conversación entre ellos.

Por eso se quedó tan sorprendida al abrir la puerta de la alcoba y escuchar un rumor de besos. Hablaba el abuelo con aquel eco de ternura paternal que tenía para ella, y le respondía otra voz impregnada de cariño. ¡No era la voz de la abuela!

Vacilante, sin saber si debía retirarse o avanzar, Rosalía continuaba inmóvil en la puerta. El rayo de luz que se escapaba de la abertura debió avisar a los que hablaban. La conversación cesó bruscamente y Rosalía vió escapar un bulto. Lo reconoció al abrir la puerta. Era la tía Juanita, cargada de escoba y plumero.

Si alguna duda le quedaba, desapareció al oir a los pocos momentos el ruido de la escoba en la estera de la sala y los golpes con que la solterona sacudía el polvo de las sillas.

Cerró bruscamente la puerta y se dejó caer llorando sobre su lecho, presa de un dolor vivísimo.

Era la primera vez que tropezaba en la vida con el engaño y la traición. ¡Su abuelo y su tía engañaban a la esposa y a la hermana!

Veía manchados con aquella traición repugnante a los seres que más amaba, los que había creído más nobles, más buenos, más justos. Los únicos que la comprendían y la amaban.

Lloraba desconsoladamente. Al enfrentarse con aquella culpa, sus ideales, su fe, sus ideas más queridas habían caído deshechas. Se fingió enferma para no salir de su cuarto y tener tiempo de serenarse.

El abuelo entró más tarde que de costumbre a verla y Juanita no vino. Ella fingió dormir para no hablar con el anciano. Lo amaba como siempre y le hacía daño pensar en aquel delito incomprensible en un ser tan noble, tan leal y tan bueno como había sido siempre. ¿Era todo aquello hipocresía? Su edad respetable añadía mayor repugnancia al hecho.

Se arrepentía de haberlo preferido a su abuela. Aquel aire melancólico que ella traducía en una larga historia de dolor y de renunciamiento, no era más que la sombra que el delito extendía en torno suyo.

La pobre abuela quizás vislumbraba algo, quizás sabía; y ella era la santa que sufría con recignación y en silencio.

Se daba cuenta ahora de que había una separación entre los esposos, que se encerraban en una misma habitación para salvar las apariencias, pero en camas distintas, a horas diferentes, sin dirigirse la palabra en la intimidad.

Había motejado a la abuela en su interior, por su actitud para con la hermana, cuando ya hacía demasiado con tolerarla en su casa.

Su descubrimiento venía a cambiar todo el orden de sus pensamientos, de sus sentimientos, de sus creencias.

Tomó, en medio de su angustia, un partido desesperado. Una decisión que equivalía a su suicidio moral. Era el momento de librarse de José para siempre o de ser su esposa. El esperaba la contestación categórica, decisiva: Se casaría.

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 15

Necesitaba ahora casarse, irse, no podría dominar su repugnancia a vivir más tiempo bajo aquel techo, disimulando y en lucha con su propio corazón.

Sentía el impulso del gran amor hacia su abuelo, el único gran amor de su vida, y al mismo tiempo aquel otro impulso que le hacía rechazarlo. Se asustaba de pensar que el anciano comprendiera que había perdido su respeto.

Quería huir, huir de allí, y para eso era preciso casarse.

El casamiento era un dolor, un sacrificio que ofrecería como expiación de las culpas de los otros.

Por primera vez tenía un dolor que no podía desahogar en aquellos brazos del abuelo, que eran para ella maternales.

Deseosa de crear el compromiso que oprimía el cerco de su desesperación, comunicó a la abuela la resolución que había tomado.

La señora Elvira habló en la mesa de sus proyectos de echar la casa por la ventana en la boda de la nieta.

Solo el abuelo no dijo nada y la miró con los ojos llenos de lágrimas.

Entonces ella enlazó los brazos a su cuello y los dos lloraron abrazados largo rato pero sin decirse una sola palabra.

VI

Había que hacer los preparativos para la boda. El equipo preocupaba seriamente a todas las mujeres de la casa, menos a ella. No sentía la ilusión de desear embellecerse para agradar al marido que aceptaba.

La abuela se encargaba de la ropa de casa. Tenía innumerables arcas bien repletas de docenas y docenas de sábanas, mantelerías, tohallas, y kilómetros de encaje. Compraba constantemente ropa blanca, le hiciese o no falta. Era insaciable en eso. Y no la usaba; la tenía guardada en las arcas, oliendo a manzanas, y de vez en cuando la mandaba sacar toda para contarla, sacudirla y volverla a guardar; contentándose con tener de uso un par de mudas, muy llenas de remiendos y piezas.

Le iba a entregar también los vestidos que fueron de su madre y que había tenido guardados, para poner los en el equipo de boda de su nieta.

Había algo de solemne en aquella llamada de la abuela para entregarle los trajes que habían hecho el encanto de su juventud de su madre.

Rosalía los había visto muchas veces con encanto, aquellos vestidos, cuando la abuela entreabría el viejo armario que los guardaba, y que esparcía un olor a cosas marchitas; un olor a pasado.

El pasado para ella olía a una mezcla de benjuí y de sándalo, una especie de incienso profano.

La señora Elvira iba descolgando los vestidos para dárselos a su nieta, que acariciaba con emoción las ricas telas: había uno de falla celeste, otro color de lila; uno de foulard de cuadritos blancos y negros, y otro de gasa color barquillo.

Tenían todos una hechura antiquísima. Faldas y sobrefaldas, cuerpos ajustados con aldetas; y todos adornados con bieses, bullones y volantes con profusión.

Rosalía creía percibir un olor de axilas de mujer joven que se había quedado amortajado en ellos.

Pasaba las manos con esmero sobre la tersura de la seda y la suavidad de los adornos de terciopelo, de flecos y de encaje.

—Estaría muy guapa con todo esto mi madre—dijo.

La abuela sonrió.

—Se los puso pocas veces. Sólo cuando fué con tu padre a la ciudad, recién casados. Están ya muy antiguos; será preciso deshacerlos todos.

—Es lástima—exclamó ella—. Vale más guardarlos así.

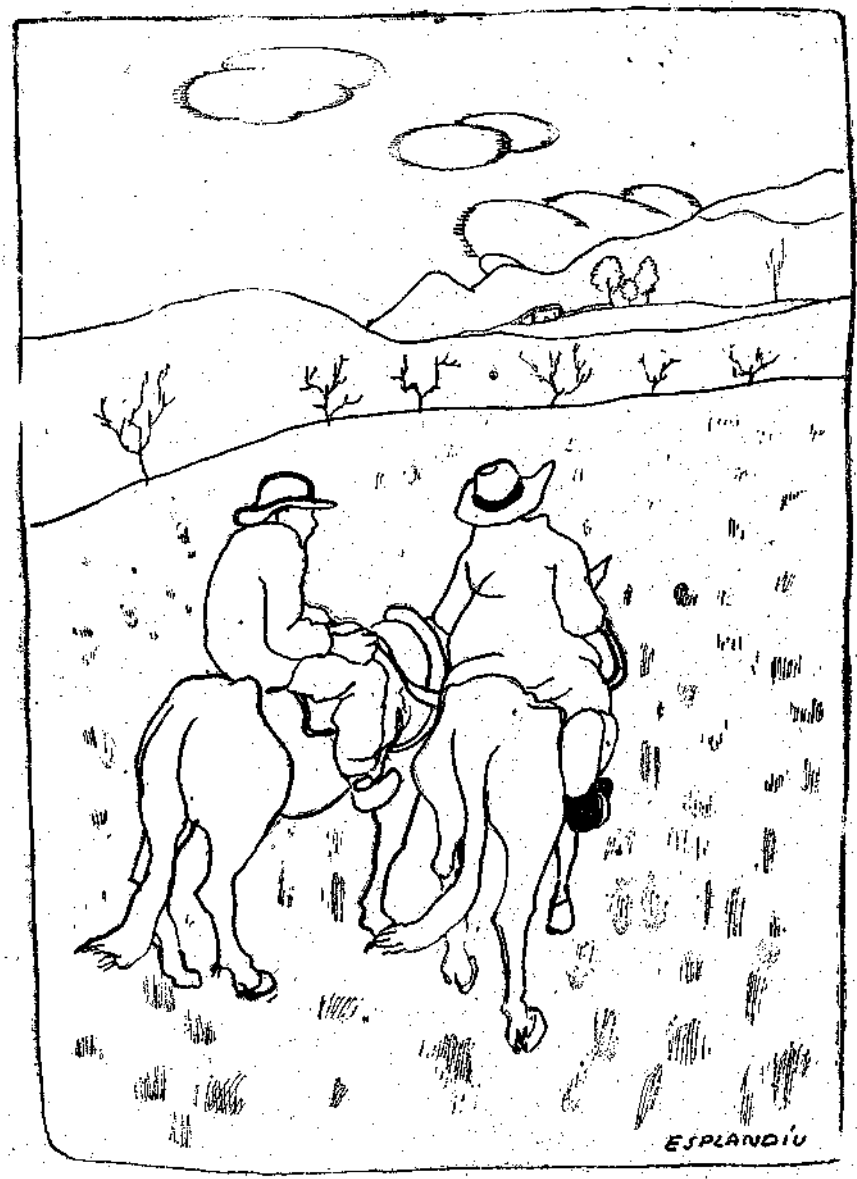
—No te los podrás poner.

—De todas maneras son demasiado para mí.

—Pepe es rico.

—Sí... pero esto... son trajes de señora.

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 16



La abue'a revolvía entre tanto en el fondo de una cajita dorada con incrustaciones de rubís y turquesas.

Estaba forrada con raso rosa y llena de adornos y joyas. Un collar de aljofar, brazaletes de cinta de seda rizada, una cruz de oro con su cadenita, un medallón guarda-pelo, pendiente de una cintita de terciopelo, unos aretes de coral y varias sortijas.

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 17

—Esto no era todo de tu madre. También están aquí cosas mías. Hay que separarlas.

—Déjalo todo para ti, abuelita.

—¡Qué disparate! Yo quiero que tú elijas... Lo que no fuese para ti, sabe Dios adónde irá a parar.

Mientras hablaba había dejado caer en la falda de la joven las pobres joyas.

—¡Yo conozco estos aretes!—exclamó Rosalía.

—Me los habrás visto puestos.

—No... no ha sido a ti... son los aretes de ella.

—¿De quién?

—De mi miniatura... No me cabe duda... Estos racimos de uvas y pámpanos de coral son los que ella lleva puestos.

—No comprendo lo que dices.

—Abuela es el retrato que te enseñé... ¿No te acuerdas? Lo encontré en el desván entre los papeles y las cosas viejas. Es de alguien de la familia, aunque tú no la conozcas. Te aseguro que siendo ella tan hermosa y yo no, tiene cierto aire que se parece a mí.

—¡Qué tontería

—¡Sí, tontería! Te aseguro que es verdad.

—¿Le has enseñado ese retrato a alguien?

—Al abuelo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me dijo también que no era nadie. Pero José asegura que se me parece.

La abuela estaba visiblemente contrariada. Al momento de expansión con la nieta sucedía otra vez aquel aire uraño que alejaba a las gentes de su corazón. Volvió a guardar las joyas y cerrar el armario.

—Toma todo eso—dijo señalándole los trajes—y llévatelo... Si quieres hacerme caso dame ese retrato y no se lo enseñes más a nadie.

—¿Por qué aborreces tú a esa mujer, abuela?

—¿Que yo la aborrezco?

—Sí, no lo niegues. El día que te la enseñé le echaste una mirada de odio capaz de romper el cuadro...

La anciana estaba desconcertada. Rosalía aprovechó el momento:

—No me niegues que tú conoces ese retrato de alguna parte.

—No sé... tal vez lo he visto... No lo podría jurar. En el cuarto del señor Sanfort, donde tú duermes ahora, había un empapelado con medallones y retratos de mujeres así... Yo lo mandé luego quitar. No sé si tu miniatura estaba allí también...

—Yo no sé porqué, abuela, me parece que hay un misterio en ese retrato. Que soy yo misma esta mujer... y quiero acordarme de cosas que pasaron aquí.

La abuela se había puesto seria, con cierto aire atemorizado.

—¡Es tan guapa!...—siguió la muchacha—. Cuando yo sea vieja diré que es mi retrato, para pasar porque he sido así de hermosa. Siempre es una satisfacción.

—¿Sabes lo que yo pienso, Rosalía?

—¿Qué?

—Echar fuera de casa ese retrato.

—¿Qué dices?

—Sí... parece que tiene un maleficio... una cosa rara... No es bueno tener imágenes de gentes que no se sabe quiénes son, que no tienen quien rece por ellas y quizás estén penando...

Era la vez primera que a Rosalía le pasaba por la imaginación la idea de la muerte de la mujer que representaba su miniatura. Porque efecto de su sentimiento, no se había dado cuenta bien del tiempo y asociaba el imposible de la coexistencia del pasado y el presente. Aquella mujer de otra generación seguía viva y joven, inmovilizada en el momento en que la retrataron.

La indignó la idea de su abuela.

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 18

—¿Tirarla? ¡Nunca! eM 'a llevaré conmigo.

La señora Elvira tomó un aire amistoso, confidencial, que la nieta no le conocía. La proximidad a la boda y a la separación le hacia darle una beligerancia que hasta entonces no le había concedido.

—¡Dichosa tú, hija, que te casas y te vas!—dijo como para cortar la conversación molesta.

La joven adivinó un dolor, que no era precisamente el de su separación; pero que la conmovía.

Recordando su secreto creía tener la certeza de haber juzgado mal a la abuela. Por vez primera desconfió de su miniatura.

VII

Tenía la miniatura en la mano ya, con cierto miedo supersticioso. Adivinaba que había allí un misterio al que ella no era extraña. Sentía una gran ternura por la mujer que a miniatura representaba y hubiera hecho un sacrificio, por grande que fuese, con tal de saber a quién pertenecía el retrato.

El ruido de la puerta de su alcoba que se abría de repente la asustó. Tenía miedo de que la sorprendiesen en la contemplación de su miniatura; ese miedo que se experimenta en dejar penetrar a los indiferentes en los sentimientos más íntimos.

Precipitadamente la metió dentro del arca y dejó caer la tapa sobre ella. Se oyó un crujido: el "crac" de un cristal que se rompía y de madera que se desguazaba.

Asustada, volvió a abrir, ya sin cuidarse de que pudieran verla, y cogió su miniatura, con prisa de prestarle un socorro como si acudiese a un herido.

El cristal se había roto por la parte baja, sin tocar a la linda cabecita; pero el fondo se había salido del marco, y en el respaldo se veía un papel, ennegrecido por el tiempo, en e que había unas líneas escritas, cuya tinta había palidecido hasta el extremo de no poderlas leer.

Se acercó a la ventana llena de emoción, sin hacer caso de la tía Juanita que se había quedado parada cerca de la puerta. ¿Iba al fin su querida miniatura a revelar el secreto?

La letra era alargada, pareja, clara, de caracteres seguros y así lograba destacarse apesar de la fusión que se había verificado entre el color de la tinta y el color del papel.

Con trabajo, leyó:

"María Luisa Sanfort, murió el 12 de abril de 1833, a las once y veinte minutos de la noche."

Se leía bien hasta allí; luego, ya las líneas se hacían más borrosas; sólo se entendía... "Al corazón".

Su confusión crecía. Sanfort era el apellido del padrino, el mismo apellido de la mujer de la miniatura. Ella no tenía lazos de parentesco con el padrino. ¿Por qué se parecía a ella aquella mujer?

Entonces se dirigió hacia Juana. Después de lo que había visto y oído podía evitarse ciertas consideraciones.

—¿Quién era María Luisa Sanfort?

La tía respondió sin vacilar:

—Era la hermana del señor Sanfort.

—¿Y qué misterio hay en todo esto?—continuó con imperio.

—Yo no lo sé bien, hija mía—siguió Juana con dulzura—. Precisamente he venido aquí para contarte todo lo que sé... para que sepas tú el porqué de lo que has visto y oído. Tu abuelo no quería que viniera, aunque el pobre está que lo ahoga la pena de pensar lo que tú te has creído...

—Lo que he visto.

—Sí, lo que has visto... ¿Y por lo que has visto has juzgado tan mal a estos dos pobres viejos que te quieres ir de la casa por no verlos? Te casas por huir

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 19

de nosotros... Vas a hacer tu infelicidad... porque esas cosas son para toda la vida... No hay remedio después.

La pobre mujer lloraba desconsoladamente, tendiendo las manos hacia la joven. Ella la rechazó Su espíritu entero, idea'ista, sin contacto con los misterios de la vida, no era comprensivo para las faltas ajenas. Sentía una repugnancia invencible.

—Oyeme, hija mía—siguió Juanita—. Precisamente tienes en la mano el re-

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 20

trato de la que fué causa involuntaria de todo esto. Ella, que nos ve en este momento desde el lugar que Dios le haya destinado, sabe que no miento. Te lo juro por la salvación de mi alma.

Dejó la miniatura sobre la mesita y fué a sentarse en el borde de la cama, cerca de Juanita.

—Dígame la verdad.

—El señor Sanfort era riquísimo—comenzó la viejecita—. Tenía no sólo estas propiedades, sino casas y cortijos y dinero esparcidos por todas partes del mundo. Su padre era inglés, pero su madre era de aquí. Aquí nació él; pero se fué muy niño y no volvió más en mucho tiempo... Se comprende. Se habían muerto los padres, la única hermana, menor que él en muchos años, la tenía una tía suya en la ciudad... y él era joven y poderoso... Se divertía... viajaba... Tu abuelo era el criado que lo acompañaba siempre y cuenta y no acaba de todo lo que se divertían y de las cosas que han visto por esos mundos. El señor Sanfort quería a tu abuelo y lo trataba como un amigo más que como a un sirviente; pero eso no era nada comparado con lo que tu abuelo lo quería a él. Se había dejado su tierra allá en el otro extremo de España por seguirle, y no se acordaba de ella ni de su familia ni nada. Tenía delirio por su amo. Era capaz de dar la vida por él. Un fanatismo. Eran los dos muy felices solos, pero al fin y al cabo el señor Sanfort se enamoró en Madrid de una señora muy hermosa. Dice tu abuelo que parecía una virgen... y era hija de un marqués. Tanto se enamoró, que se casó con ella... ¡Fué un desastre! La misma noche de la boda, después de tanta fiesta salió de la alcoba, que parecía una capilla, y llamó a tu abuelo, ordenándole que ensillase dos caballos. Tu abuelo pensó que estaba borracho... pero obedeció. Dice que parecía loco. Tomó el camino y anda que te andarás, sin detenerse más que para dejar reposo a los caballos, casi sin comer y sin dormir, día tras día, vino a meterse aquí. Llegó con unas barbazas que no tenía y con el pelo cano. Lo único que ordenó a tu abuelo fué que se hiciese cuenta de que acababan de nacer y no le hablase jamás del pasado. El ya no salió de aquí más que una sola vez... y ojalá no hubiera salido. Era tan bueno, que toda la gente de la comarca lo adoraba. No había pobres a su lado. Era muy dulce, muy cariñoso y nadie le conocía que estaba triste.

—Pero ustedes... mi abuela... ¿qué tenían que ver con él?

—Toda mi familia, de padres a hijos, habíamos sido servidores suyos en esta granja. Primeró la cuidó mi bisabuela, luego mi abuela, después mi madre, y por aquel entonces la cuidaba mi hermana Elvira, tu abuela, que tenía veinte años y me llevaba doce. Ya comprenderás que me puedo acordar bien poco de todo esto.

—¿Y qué pasó?

—Que el eñor Sanfort se trajo con él a su hermanita... Es esa de la miniatura... tan bonita, tan remilgada, con tanto lujo que no era para vivir aquí.

El señor la adoraba, le daba todos los gustos, no vivía más que para ella... y un día... Yo no sé bien lo que pasó... Yo era una niña de diez años entonces y nadie quiere hablar de eso. El caso fué que vino un amigo del señor... dicen que era casado... pero el caso es que la hermanita quedó en cinta... y lo disimuló... lo disimuló tanto, que el señor no se enteró hasta la noche en que nació una niña...

—¿Y qué hizo?

—Tomó el camino de la ciudad para desafiar al otro. Dicen que lo mató, pero él no salió bien librado. Tenía atravesado un pulmón, y pasó más de un mes entre la vida y la muerte...

—¿Y la hermana?

—La infeliz no pudo resistir todo aquello y murió de un ataque al corazón a los ocho días de nacer su hija.

—¿Pero entonces?... ¿Mi madre?...

—No es hija de mi hermana ni de su marido... ni tú nos tocas nada. Tu abuela es esa.

Rosalía se llevó las manos a la frente, que le quemaba. Estaba toda trému-

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 21

la, nerviosa... Con aquella revelación se sentía como árbol desarraigado de la tierra en que había crecido para ser trasladado a otro país distinto.

—¿Y cómo ha podido pasar todo esto?

—El señor Sanfort no quiso que nadie se enterara de su deshonra... Era un señor muy escrupuloso, muy celoso de su honor. Ya ves lo que había hecho con su esposa. Pero al mismo tiempo era muy bueno, muy justo. Adoraba a la hermana y no podía abandonar así a la niña. Ideó casar a tu abuelo con mi hermana y que ellos la prohijaran.

—Pero...

—Aguarda... sé lo que vas a decir... Tu abuelo es el marido de mi hermana... Pero el señor Sanfort eligió a mi hermana para madre de su sobrina porque era ya su amante... Podía haberse casado con él... ¿Verdad? Eso sería lo noble... pero los señores como él piensan de otro modo... Una aldeana no podía ser su esposa... Y tu abuelo se sacrificó por su amo... No fué nunca más que en el nombre el esposo de tu abuela... Ni yo he tenido más cariño que el suyo.

Ante aquella revelación que la aturdía, sintió ablandarse en piedad su corazón.

—Te he revelado todo esto—siguió Juana—, porque he creído un deber decírtelo todo... para que no te sacrifiques... y para que no nos desprecies... Tu abuelo me ha autorizado para revelártelo.

—¡Mi abuelo!

Fué entonces cuando rompió a llorar. No le importaba perder todas las otras ilusiones, pero no podía resignarse a no ser la nieta de aquel anciano que había sido el único en amarla, en poner una ternura en su vida.

Tomó con rapidez su decisión, se limpió los ojos, puso un beso devoto sobre la miniatura de la abuela, mientras la tía murmuraba:

—¡Cómo te pareces a ella! Tú eres Sanfort. Una flor extraña entre nosotros.

Rosalía se acercó al espejo. Necesitaba verse, conocerse... saberse Sanfort. Su orgullo crecía conociendo ya en qué podía fundarlo. Lo mismo que su tío abuelo, había hecho ella; no se casaría con un aldeano. Se consideraba ya con fuerzas para luchar contra las imposiciones de la señora Elvira, una vez dueña de su secreto.

Desharía la boda, sin pensar para nada en aquel novio egoísta ni en el escándalo que su ruptura podía ocasionar. Su ternura sería para "el abuelito", al que no quería renunciar, y para aquella miniatura, por la cual había llegado a conocer su verdadrea situación en la vida; y que tenía para ella algo de fatal, algo semejante a un maleficio.

—El día que él muera—pensó—, nada me sujetará aquí... seré rica y me iré a otro lugar, a vivir de un modo conforme con mis gustos...

Tuvo una sonrisa de felicidad con la visión de aquel porvenir halagüeño. Su alegría duró poco. Estaba tan pálida, tan ojerosa, tan demacrada, que el espejo le sugirió la idea de su estado. Hija de la tragedia, la sentía pesar sobre ella como una fatalidad.

—Esto durará poco—pensó con la resignación de las que no han conocido la felicidad—. Yo también moriré aquí como mi miniatura, para que descanse mi corazón una noche no lejana... a las once de la noche... Me deshojaré bajo la luz de las estrellas... A las once de la noche.

Carmen de Burgos
Colombine

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 8.008

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 22

Es lo mejor. La ciencia tiene demostrado que la caida del cabello es debida generalmente a enfermedades de las raices capilares y bulbos. Usando La Flor de Oro, evitaréis esas enfermedades y tendréis la cabeza y el cabello sanos y conservaéris su color.—Se vende en las droguerias y perfumerías.

P. LAHOZ

Oro de ley (Poemas).
Libro de sana poesia a través del cual pasa un soplo de Naturaleza y de Virilidad. Primorosamente editado. CUATRO pesetas.

CURIOSIDADES MATEMÁTICAS
Brujerías de los números, adivinaciones, ingeniosidades. DOS ptas.

Pedidos a PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 8.008.

EL FOLLETIN

HA PUBLICADO AYER VIERNES

El judío errante

(TOMO CUARTO)

POR

EUGENIO SUE

132 páginas. 40 céntimos.

La novela TEATRAL

publicará mañana domingo
la zarzuela en tres actos,

LOS GAVILANES

original de

José Ramos Martín

40 cts.

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 23

Si dos reales tenéis todavía
agenciaros podréis la alegría
adquiriendo, lectores amables,

LA PARODIA DE

"LOS MISERABLES"

obra magna, de fama mundial,
que escribió Víctor Hugo, el ge-
(nial.
La fama de Hugo tal es
que allí donde vas le ves.
Ves Hugo en las librerías
y hasta en las pescaderías.
Juzgando "Los Miserables"
de sus obras más notables,
parodiarla era preciso,
cumpliendo así el compromiso
que contraído tenemos:
¿A quién se lo encargaremos?--
pensamos.—AGUSTIN R.
BONNAT no es fácil que yerre.
La parodia Agustín hizo
con gracejo tan castizo
desde el principio hasta el fin.
que se lee muy "a gustín".
Por su gracia inagotable

Es ésta un miserable

o Un decidido pelmazo

ha de ser un exitazo, (cho!
y, al leerla, dirán: —¡Ay, con-
No puedo más. ¡Yo me troncho!
Aunque en los tiempo presen-
hacer reir a las gentes (tes
no es fácil de conseguir,
que a todos hará reir
LA PARODIA DE BONNAT
¡es la pura "veritat"!

APARECERÁ MAÑANA DOMINGO

PRECIO: 50 CENTIMOS

Diputación de Almería — Biblioteca. Miniatura, La., p. 24